

Dramática Latinoamericana de Teatro/CELCIT N° 52

LONGANIZO

Néstor Caballero

Escrita en 1988

Estrenada en el castillo El Zamuro, Ciudad Bolívar, Estado Bolívar, Venezuela, el 17 de diciembre de 1989.

Para mi hijo Alejandro Arturo.

Pues nace de fe, como el amor.

Personaje

LONGANIZO. 47 años, pero aparenta muchos más. Tiene la cabeza rapada

TODO ESTÁ CUBIERTO DE ARENAS. HAY MONTÍCULOS DE DIFERENTES TAMAÑOS. DENTRO O SOBRESALIENDO DE ELLAS, ESTÁN LOS DIFERENTES ELEMENTOS DE UTILERÍA.

SEMIPENUMBRAS.

LONGANIZO LLEVA PUESTO UNA TÚNICA DE TELA CRUDA. TIENE AMARRADO A SU CINTURA UN MECATE DONDE CUELGAN CAMPANAS. SOBRE SU CABEZA UN SOMBRERO DONDE ESTÁN INCRUSTADAS VELAS ENCENDIDAS DE DIFERENTES TAMAÑOS. FRENTE A SÍ UN CABALLETE. LONGANIZO SE MUEVE RÁPIDO, AGITADO, GESTICULANTE ALREDEDOR DEL CABALLETE. TIENE EN SUS MANOS UN PINCEL QUE CHORREA PINTURA ROJA Y PARECIESE QUE PINTARA ALGO QUE LO CONVULSIONA.

DESDE EL FONDO DE LAS ARENAS SE ESCUCHAN GOLPES ESTREMECEDORES. MUY MOLESTO SE AGACHA Y GOLPEA LAS ARENAS.

LONGANIZO: ¡Silencio! ¡Te ordeno que esperes! ¡Es una orden! PAUSA. Apenas es la una y siete minutos. PAUSA. Espera. Aún no he terminado mi obra. Aun no encuentro el color para la carta. CAMINA, COMO SIEMPRE, VIVAZ Y MUY IMPETUOSO. SE DETIENE Y OBSERVA UN GRAN RELOJ DE PÉNDULO DETENIDO Y A MEDIO ENTERRAR. Espera. No apures. El yerro de las Divinidades no tiene afanes. VUELVE RÁPIDO SOBRE EL CABALLETE, TOMA UNA PALETA, EMBARRA EL PINCEL DE ROJO Y PINTA NERVIOSAMENTE. Doña Concepción Palacios y Blanco. SE DETIENE. DEJA CAER EL PINCEL Y LA PALETA. CORRE AHORA HACIA UN ESPEJO QUEBRADO, SEMIENTERRADO. SE OBSERVA, SIEMPRE TENSO. SE QUITA EL SOMBRERO. ESTÁ COMPLETAMENTE CALVO. APAGA LAS VELAS CON ARENA. VUELVE A TOMAR EL PINCEL. REGRESA AL ESPEJO Y COMIENZA A PINTARSE UNA FRANJA ROJA EN LA CABEZA. MIENTRAS SE MIRA. Quién diría que apenas tienes cuarenta y siete años. SE ESCUCHA EL CANTO AGORERO DE UN AVE. ¿Escuchas? ¿Escuchas esa ave que desprecia tu imposibilidad de volver atrás? PAUSA. Tu cara, qué parecida a un nunca jamás. A una fosa de espumas negras. Pastosa. PAUSA CORTA. ¿Esto es la gloria? ¡Si esto es la gloria, desierto del juego! YA CON LA CABEZA PINTADA, ACERCA LA CARA ANTE EL ESPEJO. ¿Qué tiene mi mirada que tú, espejo, no puedes sostenérmela? ¿Por qué bajas los ojos sin que yo los haya bajado? SE APARTA VIGOROSO DEL ESPEJO. ¡Arriba esos ojos porque yo jamás los bajaré! SE VUELVE A ESCUCHAR EL CANTO DEL AVE. LONGANIZO CAMINA ANGUSTIADO. ¡Hermanos! ¡Hermanas! ¡Soldados! ¿Por qué no me llevan por los aires como el canto de ese pájaro? PAUSA. ¿No ven? ¿No ven que ni

siquiera tengo un alba para vestirme? PAUSA CORTA. Solo arrecheras, amarguras, me amortajan. PAUSA CORTA. RÍE. ¡Hay que tragarse la amargura para que no moleste! REGRESA PRESTO AL ESPEJO. Además yo nunca caí. Caer para levantarse no es caer. PAUSA. También están ellas. ¡Ellas! Buscaré en ellas el instante de alegría que ahora se me niega. A SU IMAGEN EN EL ESPEJO. Vamos, acompáñame. El amor bien saboreado antes de morir, siempre es bueno. SACA DE LAS ARENAS UNA TAMBORA DE BORDAR, SUJETA A UN LARGO TUL. EN LA TAMBORA PODEMOS VER UN ROSTRO DE MUJER A MEDIO BORDAR. LEVANTA LA TAMBORA Y DA LA IMAGEN DE UNA MUJER DE LA NOBLEZA ESPAÑOLA DEL 1800. LA OBSERVA CON INFINITA TERNURA. LE ACARICIA EL CABELLO. María Teresa, dolencia mía. Bailemos. BAILA CON SUMA MAESTRÍA, TENIENDO A LA TAMBORA DE BORDAR COMO PAREJA. CESA, MAGISTRALMENTE, DE BAILAR. SE PASEA CON ELLA CIÑÉNDOLA DE LA CINTURA. Esposa, cuando te siento cerca no aguanto las ganas de pronunciar la palabra abedul. ¿Sabes por qué? SONRÍE. No, no lo sabes. Adivina. PAUSA CORTA. No. No. FELIZ. No adivinaste. Es porque la palabra abedul, tiene el sabor de nuestro primer beso. LA BESA, TIERNO. VUELVE A PASEARSE CON ELLA. LA COLOCA CON DELICADEZA SOBRE UNA CAMA QUE ESTÁ ENTERRADA DE COSTADO. ÉL HACE OTRO TANTO SOSTENIÉNDOSE DIFICULTOSAMENTE POR LA POSICIÓN DE LA CAMA. SE DEJA RODAR LENTO Y QUEDA, SENTADO EN LA ARENA, A LOS PIES DE LA CAMA. María Teresa, ya amanece. Aquí, en nuestra Hacienda de San Mateo, el cielo llega con sus turpiales. PAUSA CORTA. Trata de descansar. Ya bajará la fiebre y terminarás el bordado. PAUSA CORTA. Yo haré prosperar aun más esta tierra y tú la harás más ancha con los hijos que tendremos. SE LEVANTA RÁPIDO. QUEDA AL PIE DE LA CAMA. ¡Nuestros hijos correrán por los pasillos! ¡Nuestros hijos tumbarán el chocolate de la mesa! ¡Nuestros hijos jugarán al escondite entre los cañaverales! CORRE EUFÓRICO. Y yo los encontraré. Conozco el más mínimo escondrijo de estas tierras. SE DETIENE EN EL ACTO. Sí. Los encontraré por el sonido de los naranjales que se mecen. Subiré hasta donde estén y los tomaré por la cintura para elevarlos más y ellos reirán. ¡Reirán fuerte! Su risa se oirá desde aquí hasta Puerto Cabello. Pero... ¿qué digo? Sus risas inundarán el Mar de los Caribes, lo harán crecer, lo salarán a Mediterráneo. PAUSA CORTA. Y... en la noche... dormiremos todos juntos... arrullados por el canto de los esclavos negros. PAUSA. CAMINANDO LENTO HACIA MARÍA TERESA. Sólo... sólo necesitas dormir un poco para que baje la fiebre. Duerme. PAUSA CORTA. Duerme. Sueña que... Sueña que las cañas de azúcar hacen reverencias a tu paso. Sueña... sueña en al añil que fulge... como tus pezones. ¿Racimo al norte? ¡Añil! ¿Piquito al sur? ¡Añil! LLEGA A LOS PIES DE LA CAMA. SE ARRODILLA LENTO. SILENCIO. ¿Por qué moriste? ¿Por qué me diste sólo ocho meses de tu vida? ¿Por qué, si eras mi rosa recién abierta? ¿Por...? ¿Por qué té secas? SE LEVANTA FÚRICO. ENÉRGICO. ¡Vuelve, María Teresa! ¡Regresa porque nuestro baile quedó inconcluso! ¡Vuelve, por favor! ¡Quiero verte vestida de puntos y mallas, encajes y muselinas! Quiero... una vez más... María Teresa... sólo una vez más, escuchar el sonido de tus sedas, tus brocados. Quiero... sólo un segundo más, María Teresa, deslumbrarme en tu peineta de plata que sostiene tus cabellos, negríssimos, abundosos. Un... un instante, nada más, María Teresa, para sentir tu guante en mi brazo y pasear

juntos hacia mejores sueños donde... donde la fiebre solamente esté en tus besos... en mis abrazos. Ven. RECOGE CON INFINITA TERNURA LA TAMBORA DE BORDAR. LA CARGA COMO SI ESTUVIESE MUERTA EN SUS BRAZOS. CAMINA CON ELLA. Ven. Mira. Caminemos juntos por el puente de adoquines que tanto te recuerda a tu Sevilla. Juguemos y comamos. ¿Dulce de higo, María Teresa? RÍE. ¿No? JUEGA A ENSERIARSE. Ah, entonces, ¿dulce de lechosa? RÍE. JUEGA A PREGUNTAR Y RESPONDERSE, SIEMPRE FESTIVO. ¿De guayaba? No. ¿De naranjitas amargas? No. ¿Cambures titiaros? No. ¿Cotoperí? No. ¿Timbalitos de Hamburgo? No. ¿Tamarindo? No. SE DETIENE. ESCUCHA Y RESPONDE ALEGRE. ¡Sí! ¡Sí, lo adivinaste! ¡Almohadillas de dulce de Leche! ¡Toma, comamos, sé que te encantan! Come, comamos. Así, María Teresa, así, comámonos la vida como una chuchería. RÍE FERROZ. DEJA DE REÍR LENTO. GRAN PAUSA. María Teresa... si existe Dios... cuando te quitó de mi lado... cometió una de sus peores torpezas. LA ENTIERRA LENTO EN LA ARENA. VUELVE AL CABALLETE A PINTAR. HACE AHORA UNOS TRAZOS CON EL PINCEL. LEE EL LIENZO PARA SÍ. DA OTRAS PINCELADAS. LO DEJA DE HACER. ENCUENTRA UN POCILLO REBOSANTE DE ESPUMAS Y LO LLEVA HACIA EL ESPEJO. LO DEJA AHÍ. María Teresa, la vida a tu lado hubiese sido la celebración de un baile que se me adeudaba desde mi infancia. PAUSA CORTA. Pero no fue así. La vida fue después como montar una yegua brava que una y otra vez me lanzaba contra el suelo. PAUSA. SONRÍE. RESIGNADO. Tal vez la vida no se hizo para ser amansada. DESDE EL FONDO DE LAS ARENAS SE ESCUCHAN GOLPES ATRONADORES. LONGANIZO SE AGACHA, BRUSCO, Y GOLPEA CON SUS PUÑOS LAS ARENAS. CESAN LOS SONIDOS ATRONADORES DEL FONDO DE LAS ARENAS. LONGANIZO DEJA DE GOLPEAR Y SE QUEDA ESTÁTICO POR UN MOMENTO. SE LEVANTA, LENTO. VUELVE A DAR PINCELADAS AL LIENZO. SE DESPOJA DE LA TÚNICA Y QUEDA DESNUDO. VA RÁPIDO HACIA UN ESCAPARATE MEDIO ENTERRADO Y SACA UN PANTALON BLANCO, AJUSTADOS. SE LO COMIENZA A PONER. Los bailes... las danzas. PAUSA CORTA. ¿Sabes, María Teresa, tambora de bordar, mi tambora? Cuando... cuando liberté al Perú, la sociedad limeña organizó una gran fiesta en mi honor. Una recepción esplendorosa. Arañas de mil bujías iluminaban el salón. MIENTRAS SE ARREMANGA EL PANTALÓN. Las mejores y más notables familias estaban ahí. Las damas más bellas. TARAREA. CONSIGUE UNA PONCHERA, NEGRA. LA COLOCA FRENTE A UN TRONO QUE ESTÁ CASI ENTERRADO. LUEGO ENCUENTRA UN ÁNFORA Y VA CON ELLA HACIA LA PONCHERA. Comenzó la música... las pleitesías acostumbradas... los besa manos se arremolinaban a mí alrededor. DE PIE, COMIENZA A DEJAR CAER EL CONTENIDO DEL ÁNFORA EN LA PONCHERA. DEL ÁNFORA VAN CAYENDO PIEDRECILLAS ROJAS QUE HACEN UN SONIDO METÁLICO, ENSORDECEDOR, AGOBIANTE. VACIA TODO EL CONTENIDO DEL ÁNFORA Y CESA INMEDIATAMENTE EL SONIDO. SE SIENTA EN EL TRONO, INTRODUCE LOS PIES EN LA PONCHERA Y DESCANSA. TARAREA UN POCO, RECORDANDO. De repente, María Teresa, algo comenzó a molestarme. Sí, un murmullo, una risita de esas que atraviesan más hondo que una bayoneta. Es que... María Teresa, me di cuenta que a uno de mis generales le hacía desaires. Ninguna dama limeña quería bailar con él. BRUSCAMENTE SE PONE DE PIE, QUEDANDO DENTRO DE LA PONCHERA. ¡Alto esa música! RÍE PARA SÍ, SORPRENDIDO DE SU PROPIA ORDEN Y DE QUE LA MÚSICA

CESARA. Y la música cesó inmediatamente. SIN SALIR DE LA PONCHERA. Me acerqué al general. TRANSICIÓN) General Flores, para mí sería un honor que me invitara a bailar. TRANSICIÓN. NUEVAMENTE COMO SI HABLARA CON MARÍA TERESA) ¡Y bailamos, María Teresa! ¡El General Flores y yo, bailamos! RÍE, BURLÓN. Hice repetir la danza veinticuatro veces. ¡Bailamos y bailamos! SECO. FÚRICO. ¡Qué carajo se habrán creído esas limeñas! CALMADO. RAZONANDO. Despreciar a un general, a un libertador, a un patriota, por el simple hecho de ser pardo. FÚRICO) ¡No me jodan! EXPLICANDO. TRATANDO DE CALMARSE. Un pardo. Sí, un pardo, que dejó atrás a su mujer, a sus hijos, a su patria, para devolverles la dignidad que jamás hubiesen tenido con el gobierno español. SONRÍE. SE SIENTA, TRISTE. COMIENZA A LAVARSE LOS PIES CON LAS PIEDRECILLAS ROJAS. Al gobierno español, María Teresa. Al gobierno español que apenas un mes antes también agasajaban. Un pardo que atravesó montañas plagadas de sanguijuelas, ríos a nado y a contracorriente, muertes a paso forzado donde el susto en cada rama era nuestra manera de vivir. Un pardo que andaba lavando vientos. Los días, María Teresa, los días para llegar a Lima, quemaban. Les dimos la libertad, pero después la convertirían en libertinaje. Un pardo, un pardo, sí, pero un pardo que entendió que la patria nunca estuvo cerca, sino que fue un recuerdo largo. Por eso fue tanto mi dolor al verlo despreciado, que el dolor se me convirtió en rabia, y la rabia se me perdió en la danza. TOMA UN PAR DE BOTAS DE MONTAR, Y LAS VACÍA. DE LAS BOTAS, CAE AGUA. LONGANIZO SE LAS CALZA. Todo para nada. Para ver, con los años, que la patria era, para esas familias que desprecian a Flores por ser pardo, que la patria era la rapiña de manejar un país como sus propias haciendas. SE LEVANTA. SE AJUSTA EL PANTALÓN. No te ensuciaste, General Flores, no tienes que lavarte los pies, porque no bailaste con ninguna de ellas. CAMINA. SE TOCA LA CARA. SE SIENTE BARBADO. DE UN PEQUEÑO BAÚL, SEMIENTERRADO, SACA UNA COPA CON ESPUMA AMARILLA QUE SE DESBORDA. CONSIGUE UNA NAVAJA, LA ABRE. AHORA UNTA LA ESPUMA AMARILLA EN TODA LA CARA. TOMA LA NAVAJA Y SE DIRIGE A UN ESPEJO DEFORMANTE, DE CUERPO ENTERO, QUE ESTÁ COLOCADO AL FONDO DE LAS ARENAS. SE COMIENZA A AFEITAR CON DELICADEZA. DE REPENTE DEJA DE HACERLO Y SE OBSERVA CON DETENIMIENTO. PAUSA. Ya no soy el mismo, a cada instante me parezco cada vez más a mi pasado. MIENTRAS SE TOCA EN EL ROSTRO LAS PARTES QUE VA NOMBRANDO. Esta arruga en la frente nació de mendigar el dinero para reconquistar a Venezuela. Y ésta otra en la mejilla izquierda, brotó en la batalla de Boyacá. Y ésta, en la ceja derecha, en la batalla de Gavieza. Y ésta, en los pómulos, en la batalla de Pantano de Vargas. Y ésta, que me cruza los labios, en la batalla de Junín. Y esta otra arruga, de oreja a oreja, en la batalla de Carabobo y ésta, en el cuello, en la batalla de... de... ¿en cuál batalla? Y ésta, en la barbilla, se hizo grieta en el paso de los Andes, en el frío de las cumbres, en las mulas que caían con hombres y cañones por los precipicios. Y esta arruga adentro, invisible, dolorosa, quieta... quieta, como la presencia de los soldados que el frío iba dejando dormidos para no despertar jamás. ¡Esas caras están aquí adentro! PAUSA CORTA. QUEDA ENSIMISMADO. ¿Cómo explicar la cara de un hombre que va a morir? PAUSA MUY CORTA. Y... ¿Y la de un caballo? ¿Por qué nadie menciona la cara de los caballos heridos,

agonizantes? Porque en un hombre que está muriendo, su cara pareciese que no muere, que va juntando en el rostro todos los recuerdos para dejárselos a uno cicatrizados. Pero... ¿un caballo? ¿Qué recuerdos puede tener un caballo? ¿Congregaciones de espectros? ¿Bridas? ¿Espuelas? SONRÍE. ¿Y yo? Yo creyéndome Aníbal en el paso de Los Alpes. PAUSA CORTA. VUELVE A MIRARSE AL ESPEJO POR UN MOMENTO. Estas ojeras, se hicieron vastas cuando ejecuté el decreto de guerra a muerte. Y estas otras, se hicieron inmensas cuando ordené el fusilamiento del General Piar. SE LEVANTA, CAMINA DECIDIDO, RÁPIDO, POR EL ESCENARIO. ¡Hay que fusilarlo! Si él quiere ser otro Titán, tiene que mirar al mundo sin fronteras y no sopesarlo como un semidiós de pulpería. ¡No! ¡No! No. CAMINA LENTO. PAUSA. CASI SUSURRA. No. El sólo podía percibir patrias chiquitas como, como si fuesen chacras de cochino que hay que engordar para la venta. Si esta ojera en mi lado izquierdo es por él, no me arrepiento. Que si nace otra vez y vuelve a pensar así, lo fusilo sin que me tiemble el pulso. Y si esta otra ojera, en mi lado derecho, es por el decreto de guerra a muerte, pues que se haga más oscura, carajo. Era una guerra y una guerra siempre es a muerte aunque no se decreta. SE LIMPIA EL ROSTRO CON UN PAÑO. LO CUELGA Y VEMOS QUE ESTÁ DIBUJADO EL ROSTRO DE LONGANIZO. PAUSA. PIENSA. Sí. Una guerra es el hallazgo del espanto y eso es un hecho, y los hechos no saben de moral. PAUSA CORTA. CONSIGUE UN METRÓNOMO. LO COLOCA SOBRE UNA MESA MÍNIMA, CURVADA, QUE PARECE MÁS BIEN LA RAMA DE UN ÁRBOL QUE SALE DE LAS ARENAS. Seguramente estas arrugas, estas ojeras, me las han dejado como un deber patriótico. PAUSA. No sé, a veces pienso que mis pasos fueron guiados por demonios. RÍE A CARCAJAS. EL METRÓNOMO COMIENZA A MOVERSE Y SU SONIDO INVADIR POCO A POCO EL ESCENARIO CUBRIENDO LA RISA DE LONGANIZO. EL SONIDO SE HACE GRANDE EN SU VOLUMEN, CASI INSOPORTABLE. LONGANIZO TOMA EL METRÓNOMO Y LO ENTIERRA, CON FURIA. SE HACE SILENCIO. Y ahora de qué me sirve el tiempo, si no pude. El tiempo fue siempre para mí, un problema que camina. GRITA. ¡Longanizo, Emperador de Víboras y Bestias, no pudiste! CAMINA TRANQUILO, PENSATIVO. Napoleón sí pudo. Yo soñé una gloria llamada patria, pero se fue destejiendo en una mueca. Es mejor callar la gloria, es mejor no susurrar siquiera la palabra patria, porque no dicen nada. MARCHA MARCIALMENTE UN POCO. SE DIVIERTE. SE DETIENE. SE OBSERVA. Ya los pies me nadan. Sigo hacia atrás, encogiéndome. Es que no me soñaron, me dieron a luz en una pesadilla. VA HACIA EL CABALLETE Y MIENTRAS PINTA ALGUNOS RAZOS Napoleón sí pudo. Qué de lenguas tuvo que replegar a su baluarte: la española, la portuguesa, la italiana. ¿Y yo? Una sola tierra, una sola lengua, pero que no se sacian y siguen arando oro, para comenzar sus pequeñas guerras. ¡Necios! Terminarán todos comiendo carne de búfalo, mendigando las sobras del Norte que los someterá a trabajos forzados y hará maleza de nuestros monumentos. Y así, cabizbajos, se postrarán a ídolos ajenos. PINTA CON FURIA. ¿Cuál fue mi imperio? Hogueras. El hedor en mi cuerpo. La sarna como cuestión política. DEJA DE PINTAR. SE ARRINCONA. ¡Longanizooooooooo! ¡Emperador que se encoge en este amanecer extraño... lodoso. ¿Dónde los clavos? ¿Dónde la cruz? Qué pequeñez de emperador voy siendo. Ya... ya casi soy polvo. ¿Seguirá en el polvo este olor, esta pestilencia? CORRE ESPANTANDO AL CIELO. Ya los zamuros vuelan

a mí alrededor. Ya me presagian huesos y uñas. ¡Fuera! ¡Alejaos! Es mi olor. Es este pestífero olor de perro flaco, encapuchado. Es este asco celular que los atrae. ¡Fuera! ¡Alejaos! A volar hacia otra purulencia. ¡Fuera! Salid a devorar a otro que aún le quede cabellera. ¡Lejos! ¡Volad bien lejos de mis ojos, porque mi palabra, aunque herida en el flanco de la voz, no es contagiosa! ¡No, no lo es! ¡Aquí se acabaron las epidemias de dignidad! ¡Así! ¡Así! ¡Idos lejos! VA HACIA EL BAÚL Y SACA UN INMENSO FRASCO, FEO, RETORCIDO Y DEJA CAER SU CONTENIDO SOBRE ÉL, COMO SI SE PERFUMARA. DEL FRASCO VAN CAYENDO CLAVOS DE DIFERENTES TAMAÑOS. Si la vida es una pena que huele a distancia, yo la rociaré con más y más agua de colonia, para disminuirla. SE FRIEGA CON FURIA EL CUERPO. Napoleón paseó su estatua monumental por las calles de París... Por Los Campos Elíseos. Una estatua de cuerpo entero, coronada de laureles, cetro en mano. La "N" de su nombre adornando vajillas... anillos... collares... banderas. PAUSA CORTA. Y a mí, que fundé Colombia, cree Bolivia, libérté a Venezuela, Perú, Ecuador; a mí me harán una estatua que no seré yo, será la de un mono araguato con lepra, cetro de cariaquito morado y una corona de gusanos sobre mi frente. PAUSA CORTA. Y la inicial de mi apellido la dibujarán, como homenaje, en los orinales. PAUSA. DEJA DE FREGARSE. Ya, qué importa, viví como me dio la gana. Existir es cosa buena... bonita, si se tiene el dolor al lado para palmearle le espalda y al frente una mujer como Manuela, porque ella fue el placer sin orillas... el deseo desmesurado. SE LEVANTA ENTUSIASMADO. SACA DEL BAÚL UN CANDELABRO CON VELAS NEGRAS. SIGUE HURGANDO Y SACA AHORA UN RAMO DE FLORES MARCHITAS QUE SE DESHOJAN. SE LEVANTA Y CANTA POR EL ESCENARIO, BUSCANDO CON EL CANDELABRO EN UNA MANO Y ESCONDIENDO EL RAMO DE FLORES EN LA OTRA. CANTA.

Cuando las cuerdas suenan

de mí adorada lira

mi corazón suspira

siempre pensando en ti.

Ponte la bata blanca, Manuela

La cabellera suelta Manuela

Y así tan bella

Como una estrella

Como un rayito de luz. DEJA DE CANTAR. BUSCA DIVERTIDO. Manuela, amor mío, traigo para ti tres ramos. Uno, de claveles... ¡rojos! Otro, de crisantemos... ¡amarillos! Y uno de rosas blancas. Hagamos con ellos un tálamo de lujurias y torbellinos. Consumamos, aullando, toda nuestra desolación en un orgasmo. VA

REGANDO EL ESCENARIO CON LAS FLORES. Manuela, acuéstate, te estoy esperando. Quiero que beses los pliegues más profundos de mi intimidad. Colócate los mostachos de capitán español y déjame conocer tu infinito masculino, porque sólo en lo infinito hay éxtasis. Así, Manuela, así. Porque no hay éxtasis en lo limitado. Acuéstate, Manuela, vamos con nuestros vicios a invadir los santuarios. Seré. ¿Qué seré? Seré... digamos... el Sumo Sacerdote que oficie la Eucaristía de tu vulva. COLOCA EL CANDELABRO A UN LADO. ENCIENDE LAS VELAS. DESENTIERRA UN PAÑO DE IMPOLUTO BLANCO. DENTRO DEL PAÑO ESTÁ GUARDADA UNA GRAN LONJA DE PATILLA. MIENTRAS HABLA, LA PATILLA SERÁ PARA LONGANIZO LA VULVA DE MANUELA. COMIENZA A ENTONCES A OFICIAR UNA LUJURIOSA MISA. ¡Vulva Manuela, Alfa y Omega! Exceso de florecencias amargas. Ponto Euxino. Amazona. Río Termodonte en Capadocia. ¡Vulva Manuela, ambrosía! Eres el santo óleo nueve veces más arco iris, pétalo a pétalo. Eres el ¡Así sea! ¡El Amén al fondo de mi lengua! La amistad coronada de Mirtos, el andrógino, la anémona, el tótem, el seiscientos sesenta y seis, la marca de la luna en medio del desierto, la antorcha, el Apocalipsis, el buitre en el lomo del escarabajo. ¡Vulva Manuela, maderamen del Arca de Noé! ¡Hilo de Ariadna! Arlequín... cadena del suspiro... arcilla... atributo de cisne... azada del crepúsculo... hacha del desdén. Babilonia. ¡Vulva Manuela, en tus labios el INRI! El otoño, el sésamo, la aritmética infinita, el Parnaso, la masturbación de Taras Bulba. ¡Vulva, Vulva Manuela, incendio de gallos y corderos! ¡Hécuba! ¡Altisadora de Cervantes! Talón de Aquiles. Fábula de Esopo. Nudo Gordiano ¡En ti, Vulva Vulva Vulva Manuela, la blasfemia que tañe, solemne, en las alondras! El infortunio exacerbado del vacío, el anillo pastoral a punto de caer del dedo índice, la devastación de camas por los ojos de tu vulva que son como panteras que te sueñan. Eres la Vulva Manuela, eres el descoyuntamiento, palpamiento, gargajamiento, desvelamiento, abatimiento y el advenimiento del final de la carne en un delicioso quejido entrecortado. ¡Eres la Vulva Manuela, y el que cree en ti, aunque esté muerto, vivirá! DEVORA INSACIABLE LA PATILLA. AL TERMINAR SECA SU BOCA CON EL IMPOLUTO PAÑO BLANCO. SE ACUESTA. GRAN SILENCIO. SE ESCUCHAN ATRONADORES GOLPES DESDE DEBAJO DE LA TIERRA. LONGANIZO SE LEVANTA RÁPIDO. GOLPEA EL SUELO CON SUS PUÑOS. ¡Alto esa muerte hasta segunda orden! SILENCIO. LONGANIZO SE LAVA LA CARA, LAS MANOS. SE SECA. SE COLOCA UN PANTALÓN NEGRO, AJUSTADO, DE LA EPOCA DE 1830. QUEDA SIN CAMISA. VA HACIA EL ATRIL Y ESCRIBE AFIEBRADAMENTE. LO DEJA DE HACER Y CAMINA POR TODO EL ESCENARIO BUSCANDO AIRE. ¿Dónde está el mar? ¿Dónde está el mar? ¿Qué pasa con el mar? ¿Por qué me lo esconden? ¿Es que acaso al mar también lo han repartido como a un botín de guerra? ¡Quiero ver al mar! El mar, esa plegaria en el alborear de mi desvelo. En mi insomnio, sólo el mar puede salvarme. ¡Quiero verlo! ¡Quiero ver el mar y él también quiere verme! Pero... ¿qué paso con el mar? Será que los Generales Páez y Santander han levantado una empalizada en el mar para venderlo a crédito. ¿Ya estará el mar en los sacos de los mercaderes? PAUSA LARGA. Sí. Seguramente al mar también se lo han llevado. PAUSA. Mar... mar... mar. Seguirás a la espera de que yo sea tu cadáver predilecto. VA HACIA EL ESCAPARATE Y SACA UN GARFIO. Sólo quedas tú... espada... mi espada. Sólo tú, espada, sabes de mis insomnios. PAUSA

CORTA. El insomnio es como la lenta muerte de las perezas. Se quedan arriba... en los árboles... colgadas con sus largas uñas. Todos piensas que están vivas... que su movimiento es lento... pero no... hacía tiempo que estaban muertas. De repente... caen... podridas... sí... así es mi insomnio. PAUSA. Espada, amada espada... ¿sabes algo? Desde que nací se me cayó la alegría al otro lado de mi insomnio. Todo lo demás fueron pingadas. ARROJA LEJOS LA ESPADA. Vete al fondo de ti misma a contar todos tus muertos. VA HACIA EL ESCAPARATE. QUIERE ALCANZAR ALGO ARRIBA DE ÉL, PERO ES MUY ALTO. BUSCA UNA BANQUETA Y LOGRA ALCANZAR UN PAÑO DE TULES MORADOS. LO DESENVUELVE CON ANSIEDAD Y ENCUENTRA UNA VASIJA DE BARRO CON VARIAS PIEDRECILLAS ADENTRO. Ana. Ana Lenoit, Madamita. Esta vasija de barro, hecha con tus propias manos, me la regalaste para que guardara mis glorias y para que no te olvidara. De la gloria, sólo mis manos vacías, pero de tu recuerdo mis palmas se juntan. ¿Cómo olvidarte, Madamita? ¿Cómo no recordar la cuenca del bajo Magdalena? Era yo un coronel que sólo te dio su ímpetu y tú me entregaste, ante el majestuoso río, tus diecisiete años bien formados. Ahora la gloria está hueca, pero tú no. Tú, Madamita, fuiste como esas flores que perfuman cuando no hay luz. Madamita, farallón de amor atajado. Fuiste la última mujer que busqué antes de llegar aquí. No lograron dar contigo, pero sé que llegarás mañana 18 de Diciembre de 1830 y yo estaré callado para siempre. No gimas, no te conduelas, no digas que estás sufriendo, sólo has silencio. Para mí, la muerte es una dicha y.. la dicha, a veces, no está hecha de frases sino de mudeces, de recato, de prudencia. El silencio, Madamita, es un resplandor forzoso, ineludible. Regresarás sola, sin ver ni siquiera mi cadáver, pero has un esfuerzo y oirás mi voz en los grillos, en las cigarras, en los caballitos del diablo y en los cocuyos que rasgan el silencio de mi diciembre en derrota. MUEVE LA VASIJA DE BARRO Y ESCUCHA LAS PIEDRECILLAS ADENTRO. LLEVA LA VASIJA Y LA COLOCA CERCA DEL BORDADO DE MARÍA TERESA. LUEGO RECOGE ALGUNAS FLORES QUE REGO POR MANUELA Y LAS LLEVA TAMBIEN HACIA ALLÁ. SE SIENTA Y SE RIEGA TALCO EN EL PECHO. La Gloria. El Poder. La Historia. El amor. LUEGO COMIENZA A COLOCARSE UNA CAMISA, BLANCA, CON VOLANTES. María Teresa... Manuela... Ana... mis amores. ¿Saben lo que fue la gloria, el poder y la historia para mí? PAUSA CORTA. En la Plaza Mayor de Bogotá vivía un pobre hombre. Un demente. Un hombre alto, excesivamente delgado para su tamaño. Vestía una casaca azul, de patriota, con muchísimas condecoraciones y un pantalón inmenso, ancho, que sólo alcanzaba a cubrirle las rodillas. Andaba descalzo alrededor de la Plaza, dando arengas en una lengua extraña que todos creían jerigonzas. PAUSA CORTA. En su cabeza un yelmo y, en su cara, la barba, larguísima, en perilla. Le pusieron el sobrenombre de Longanizo. Una vez pasé cerca de él y no eran jerigonzas sus largas parlotadas, sino párrafos enteros de la Iliada en griego. PAUSA CORTA. Siempre tuve bondad, pero la bondad invita al abuso. A mis espaldas, los colombianos, comenzaron a llamarme Longanizo. ¡Sí, Longanizo, como ese pobre demente! Y no llegó hasta ahí su desprecio hacia mí, sino que en el propio Congreso, estando yo ausente, un senador de esos de los que se decían liberales, me también me tildó de Longanizo. ¡Y nadie, maldita sea! Nadie en el congreso se molestó en protestar el irrespeto a que estaba siendo sometido. Pero qué verga me importaba. ¿Quién

me llamaba Longanizo? Pues generales de tapices y no de batallas; senadores, cuyo único riesgo fue un resfrío; diputados que no fueron más que cagatintas que sólo sabían decorarse las pestañas. ¡Todos, absolutamente todos, acomodaron su autoridad al servicio de mi sombra! Entonces, qué podía importarme el sobrenombre, si sus grandes hazañas siempre fueron batirse en retirada. PAUSA CORTA. Pero... un día... mientras me paseaba por una callecita embarrada de Bolivia, de pronto salió un indio del altiplano y me lanzó una bosta de burro que me estalló aquí, en el costado izquierdo. La bosta pegó en mis costillas mientras el indio me gritaba: ¡Longanizo! PAUSA CORTA. Allá, en esa callecita, ese sobrenombre retumbó en las montañas. Allá, en esa callecita, sí dolía el sobrenombre porque mi poder fue para libertar y al hacerlo yo no habité paisajes, sino gente. ¡Gente! Entonces, ese sobrenombre, esa mierda, eran injustas, porque siempre me conmoví al habitarlos. PAUSA CORTA. Enseguida uno de mis edecanes saltó sobre el indio y lo hizo preso. Me acerqué hasta él. Lo observe. Entendí. Ordené inmediatamente que lo soltaran. El indio se fue alejando sin dejar de mirarme a los ojos. Le dije al edecán que lo olvidara, porque el que no olvida, no perdona y si no perdona es que no comprende. Que nunca ha comprendido. ¡María Teresa, Manuela, Ana! ¿Saben que comprendí, saben que vi en el rostro de ese indio? ¿Saben que veía él en mí mientras me miraba? ¿Saben que esperaba de mí? PAUSA CORTA. La perfección. Ese indio, una vez, me creyó perfecto. Me exigían perfección, ¿se imaginan eso? PAUSA CORTA. Me creyeron perfecto y no fue así. Ser perfecto es inhumano. Ese... ese fue el poder. PAUSA CORTA. ¿Y la historia? La historia escrita no será importante. No, no lo será. Más importante será la que cuenten. Dirán, con los años, que fui un brujo y no lo fui. Brujo es el vivir. Tendré... a ver... vamos, Longanizo... ¿qué tendrás? Ajá, ya lo sé. Tendré un panteón con mi nombre. Pero... alguna vez, mármoles y bronce, sabrán una mínima parte de lo que alguien fue. Seré... seré... ¿qué seré? Qué divertido, seré una superstición. Sí, eso seré. Dirán IMITA UN PERSONAJE NEGROIDE. Cristo nació en Birongo y Bolívar en Capaya. IMITA A UNA NEGRA ESCLAVA. Trescientos sesenta negros, caminando sobre las aguas, lo llevaron a Caracas y lo dejaron en el portón de una casa en la esquina de San Jacinto. IMITANDO UNA VOZ ASUSTADA. A él le habla Changó, antes de cada batalla. OTRA VOZ. Obatalá, le dictó al oído, su delirio sobre el Chimborazo. OTRA VOZ. Ni un rasguño ha tenido en la guerra. Es que lo protege Orún. Por eso es que a él y a su caballo Palomo, nunca los han herido. OTRA VOZ. Nació rico y murió pobre, que es como mueren los santos. RÍE A CARCAJADAS. VUELVE A HABLAR COMO ÉL. ¡Hasta me santificarán! Tendré un altar con mi nombre. A mi derecha, María Lionza cabalgando su danta. A mi izquierda, el Gran Cacique Guaicaipuro, tendrá un largo manto de maíz desgranado. Y.. delante de mí, tú. Tú. Sí, tú, Negro Primero. Sí, tú, Pedro Camejo, estarás como siempre adelante, bañado en aguardiente claro. Y quemarán azulillo astral, y bailarán un credo zapateado y me llamarán a gritos, pero será tarde. PAUSA CORTA. Demasiado tarde. RETUMBAN GOLPES DE DEBAJO DE LA TIERRA. LONGANIZO ZAPATEA HASTA HACERLOS CALLAR. Esperen... esperen... ya casi termino la carta. SE DIRIGE AL ATRIL Y CON RÁPIDAS PINCELADAS TERMINA LA CARTA. VUELVE A RETUMBAR DEBAJO DEL ESCENARIO. AQUÍ Y ALLÁ SE ENCIENDEN Y APAGAN UNAS LUCES

CEGADORAS. LONGANIZO DICE SU PARLAMENTO POR TODO EL ESCENARIO PERO LOS GOLPES SON TAN ENSORDECEDORES QUE NO SE LE ESCUCHA. ÉL SE QUEDA CALLADO, IMPOTENTE. LAS LUCES DEJAN DE ENCENDERSE Y APAGARSE. SE DEJA DE ESCUCHAR LOS GOLPES ATRONADORES. UNA DEBIL LUZ VA AUMENTANDO DESDE EL FONDO DEL ESCENARIO HACIA LOS ESPECTADORES. Por favor... por piedad, déjenme leerle la carta.

LA LUZ DEJA DE AUMENTAR SU INTENSIDAD Y COMIENZA A DISMINUIR HASTA CONVERTIRSE EN UNA LEJANA LUMINOSIDAD QUE PARPADEA. PAUSA. LEE. Doña Concepción Palacios y Blanco. Hace un año encontré una mirada suya debajo de un samán. Tomé, entonces, entre mis manos, un montón de sollozos disimulados y me decidí a escribirle esta carta. Le escribo, porque escribir es como querer, pero con una voz perdida, susurrante. PAUSA Al usted morir, cuando apenas tenía yo siete años, aprendí a vivir como quien se despide. Es por ello que en mi ata febre de existir, no obstante los amores pasajeros y la gloria; no obstante el poder como fracaso y el amor de grandes mujeres en la punta de mis días: no obstante y siempre obstante, siempre me recorrió un amasijo de vacíos en todas las cosas de ese ayer y de este hoy y de ese mañana llamado vida. Por tanto, quiero decirle que desde este vacío de las cosas, siempre quise llamarla... mamá. PAUSA CORTA. Doña Concepción... Madre... Mamá... deme su bendición aunque sea llorada y.. bésame... abráceme... abráceme, pero abráceme duro y cada vez más duro. Abrácame hasta usted. PAUSA. Su hijo. GRAN SILENCIO LONGANIZO VA HACIA EL CANDELABRO ENCENDIDO Y QUEMA LA CARTA. APAGA EL CANDELABRO. SE COLOCA UNA GRAN CAPA NEGRA, CON FONDO ROJO. CAMINA UN POCO HACIA LA LUZ QUE TITILA. SE DETIENE. OBSERVA TODO. ¿Tendrá sótanos y cadenas la eternidad? PAUSA CORTA. RÍE. FESTIVO) ¡Pues vamos a marcha forzada a descubrirlo! LONGANIZO MARCHA, SIN TITUBEAR, HACIA LA LUZ. SE ESCUCHAN LOS ATRONADORES GOLPES Y CAMPANADAS. LA LUZ DEL FONDO SE INTENSIFICA ENCEGUECIENDO A LOS ESPECTADORES. SE VAN DEJANDO DE OIR LOS GOLPES ATRONADORES Y LAS CAMPANADAS MIENTRAS LA LUZ VUELVE A LA NORMALIDAD. LONGANIZO YA NO ESTÁ. TELON.

Néstor Caballero. Correo electrónico: ncaballero@cantv.net

NÉSTOR CABALLERO. 1951

Escritor, director y dramaturgo venezolano.

Su obra dramática ha sido galardonada con diferentes premios, entre los que destacan: Premio Unesco de Dramaturgia; Premio Instituto Internacional del Teatro I.T.I; Premio Consejo Nacional de la Cultura; Premio Gran Mariscal de Ayacucho; Premio de la Crítica Internacional en el Festival de Teatro, Premio Juana Sujo; Orden Andrés Bello, Orden Diego de Lozada, y Premio Nacional del Artista por su Guión de Cine "Huelepega".

Ha sido representado en Colombia, República Dominicana, Argentina, Uruguay, Canadá, Estados Unidos, España y Alemania.

Ha ejercido la docencia en diferentes escuelas de teatro del país. Fue profesor de dramaturgia y guión de cine en el CELCIT, Caracas.

Articulista en las páginas de opinión de los diarios El Nacional y El Mundo.

Actualmente se desempeña como profesor de dramaturgia en el Instituto Universitario del Teatro Carlos Jiménez, de Venezuela.

En esta colección:

36. Musas

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. Argentina. Agosto de 2001

-

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral

www.celcit.org.ar